

# EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 26 Agosto 1915.

Número 34.

## Todo es compatible

A uno que me consulta

Sí; puedes ser ladrón, y religioso;  
usurero, y cofrade de novena;  
matar á cien familias de hambre ó pena,  
y ser Hermano del *Amor Hermoso*.

Puedes asesinar, y ser piadoso;  
encenagarte en inmundicia obscena,  
y al altar acercarte con fe plena  
á recibir al Dios justo y celoso.

Y puedes ser creyente, y embustero;  
rezador, y villano en toda guisa;  
beato, y fusilable bandolero.

Es todo compatible. Esa sonrisa  
me indica que lo dudas. ¡Majadero!

¡Ya te convencerán los que oyen misa!

José Nakens

## A LA PRENSA

En las peripecias desagradables de mi vida, (que han sido muchas y variadas, gracias á Dios) he encontrado siempre en mis compañeros de profesión una benevolencia y un apoyo, que no me han escatimado tampoco ahora con motivo del incidente del destierro.

Añado esta deuda más en el libro donde apunto las de agradecimiento. Y ya que me es imposible pagarlas (tantas son), conste por lo menos que no pasarán nunca al folio de las partidas fallidas.

## Vengan pruebas

A JACINTO BENAVENTE

En su artículo titulado *Sobremesa*, publicado en *El Imparcial* del lunes 16 del actual, encuentro estos párrafos:

«¡Es tan difícil en España el papel de

agitador revolucionario! Yo los compadezco con toda mi alma.

Como la mayor parte de nuestros Gobiernos al país no pueden ofrecerle otra cosa que la confianza de la Corona, y á la Corona cosa mejor que la benevolencia de nuestros más conspicuos agitadores; como éstos, por lo regular, son gente razonable, y no sólo de agitación vive el hombre, no es difícil pactar esa benevolencia á cambio de la intervención en Ayuntamientos, Diputaciones y otros ríos revueltos donde puede pescarse á gusto.

Lo malo es que los partidarios de buena fe, la masa borreguil que espera la felicidad en forma de opulenta matrona con su gorro frigio, no suele estar en el secreto de estos pactos y combinaciones, y hay que entretenerlos de cuando en cuando con algún acto... ¡oh! muy bien ensayadito... Se celebra un mitin en provincias, no se dice nada de particular, cuatro lugares comunes y la *claque* aplaude, ruge; después los corresponsales amigos, como en las reseñas de corridas de toros, exageran las proezas del diestro; ovaciones y orejas... ¡Tremendo discurso! ¡Tonos enérgicos! ¡Revolución á la puerta!...

Alguna vez, por falta de ensayos, hay espectadores que se desmandan, y enton-

ces es el terror...—¡A ver, esos bárbaros! ¡No vayan á creerse que todo esto es verdad y que ahora vamos á derribar la Monarquía! No, ¡caramba! Con las cosas de comer no se juega...

Así, preguntaba en cierta casa un curioso, asombrado ante la buena vida que se llevaban algunos de estos republicanos:

—Oye, ¿qué rentas tienen esos?

—¿Qué renta han de tener? La Monarquía.»

Un escritor de la talla de usted, señor Benavente, no puede, como un innominado cualquiera, acusar sin pruebas, y menos en un periódico de la seriedad é importancia de *El Imparcial*. Y yo, en nombre de todos los republicanos que aman tanto la honra del partido como la suya propia, ruego á usted, ó que concrete cargos y cite nombres, ó que se confiese autor de una ligereza imperdonable. Y se lo ruego también en nombre de la justicia y hasta en el de la honra profesional.

Como todos habrán observado, yo no me he hecho eco de lo que se viene diciendo de algún tiempo acá de ciertos republicanos de altura: pudieran estar mal informados quienes los atacan. Pero en el momento que hay un hombre del prestigio de usted, *que está en el secreto*, según afirma, y lanza las mismas acusaciones, yo me creo en el deber de decirle: *¡á demostrarlas!*; petición á que seguramente usted no ha de negarse, por respeto á su profesión de escritor, *la más noble de todas, cuando no es el más vil de los oficios*.

Sí, Sr. Benavente; hable usted alto y claro, imitando al gran satírico cuya personalidad á veces nos hace recordar con su pluma; aquel Quevedo que lanzó el apóstrofe inolvidable:

«¿No ha de haber un espíritu valiente?», justificándolo con sus actos.

Y tenga por seguro que todos, aun los republicanos, lo admiraremos; de igual manera que lo tendremos en poco en adelante como carácter y voluntad, si le vemos callar cobarde ó culebrear receloso por el sendero árido y oscuro del chisme y el comadreo, pudiendo recorrer tan arrogantemente como el que más, el amplio y espléndido camino de la sinceridad noble y honrada.

Pero no, no; temor es éste que no abrigo. El que en su labor literaria se puso sin sentir temores pueriles frente á tantas preocupaciones y tantos prejuicios sociales, no puede contra-



decirse exhibiendo ahora poquedades de ánimo en su labor política.

Hable usted, pues, y tendrá derecho á dos agradecimientos: el del partido republicano por haberle proporcionado ocasión de demostrar que no transige con indignidades, una vez convencido de que realmente se cometen, y el de la Monarquía, por haberla librado de la carga onerosa de *pasar rentas* á los que se dicen enemigos suyos.

Ignoro si algún correligionario mío se habrá dirigido antes á usted en el sentido que yo lo hago, ya particularmente, ya por medio de la Prensa. Si así fuere, contéstele á él, puesto que yo sólo he intervenido en este asunto para evitar que se tomara el silencio del partido republicano por aquiescencia tácita á las deshonrosas acusaciones por usted lanzadas contra los que llama *agitadores conspícuos*, cual si no encontrase ya argumentos que oponer á quienes le atacan por haberse declarado tan decididamente germanófilo.

Comprendo que á ratos se sienta usted molesto por la manera con que algunos le combaten, pero no hasta el punto de creerse obligado para defenderse á lanzar acusaciones en forma tan poco gallarda.

No supondrá usted que, al decir yo esto, incurra en la ridiculez de pensar que debió salir por tonos del *Yo acuso* de Zola, al lanzar sus acusaciones relativamente pequeñas. Lo que sí creo, es que hubiera quedado más airoso ante los ojos de sus admiradores, entre los cuales me cuento, si, citando nombres y hechos, le quita á sus acusaciones el carácter de chismorreos que forzosamente tienen que darle á las suyas los periodistas que *no están en el secreto*, como usted lo está.

A tiempo se halla todavía de remediar esta distracción ó esta ligereza. Hágalo, y trocaré con mucho gusto en plácemes las censuras, mejor dicho, las advertencias que en este artículo le hago.

JOSÉ NAKENS

## IGUAL ME DA

Si así como los sacerdotes cristianos tienen el poder, según nos dice Nuestra Santa Madre Iglesia oficial, de convertir en un Cristo *real y verdadero* cada partícula de una hostia consagrada, tuviera yo el de subdividirme en tantas partes como quisiera, conteniendo cada una mi personalidad entera, lo haría en estos momentos para presentarme de improviso en cada uno de los puntos donde quieren mis amigos que vaya á pasar los años de destierro, y decirles: «Aquí me vengo.»

Mas como carezco de ese poder, me verá obligado á ir con mi armazón de

huesos y pellejo á un punto solamente, si bien en espíritu estaré en todos.

Sirvan éstas líneas de respuesta á cuantos me han pedido que vaya á su localidad, y crean que, dada la vida de apartamiento que en Madrid hago, en cualquiera otra me vería más acompañado.

Vivo sin vivir aquí;  
y tan forastero soy,  
que de fijo á dudar voy  
si me encuentro aquí ó allí.

Por lo tanto, ni cien Audiencias ni cincuenta Tribunales Supremos tendrían poder bastante para desterrar-me de Madrid con más eficacia que me he desterrado voluntariamente yo.

Y pensando de este modo, aguardo tranquilo la solución de este asunto. ¿Que tengo queirme? Pues me alegro, y al tren. Unas cuantas molestias más, y ¡guerra al clericalismo!

¿Que me quedo? Pues me alegro, y sigo en mi cuarto. Unas cuantas molestias ahuyentadas, y ¡guerra al clericalismo!

Esté donde esté, mientras tenga papel, pluma y tinta, y el cacharro donde hierven las ideas no se me resquebraje del todo, habrá *MOTIN*, más grande, ó más chico.

Hasta que venga por fin  
el amigo de los cuernos,  
y con sorna y retintín  
me diga: «¡Deja EL MOTIN  
y sígueme á los infiernos!»

## Revista de posiciones

Dicen los telegramas que el kaiser tiene el propósito de imponer el protestantismo como religión oficial del Estado en Bélgica.

Dicen que sus ejércitos han enriquecido á ciertos jesuitas de Amberes, por haber repartido á los alumnos de su colegio ciertos libros apologeticos del patriotismo belga y del separatismo contra Alemania; lo cual no puede ocurrirles en España á los aludidos padres, así prediquen el bizkaitarrismo más rabioso, ó repartan en los cuarteles libros tan perniciosos como el de Vilariño, tendenciosos á la discordia y sedición militar.

Dicen que por causa de aquello el Papa se halla muy afligido, y muy disgustados los católicos del orbe, incluso los veinte millones de ellos que cuenta Alemania.

Dicen que en Francia, á consecuencia de la guerra, ha resurgido el clericalismo en forma tal que ya el Papa les restituye el título de «enfant gâté»; y de «hija mayor de la Iglesia»; y algo de envalentonamiento debe haber en los clericales en su habitual furor de imponer á puñetazos su religión, toda vez que el ministro de justicia se ha visto obligado á dar una orden terminante prohibiendo las acciones religiosas sobre los heridos en los hospitales de guerra.

Dicen que Francia y Bélgica, en sus publicaciones destinadas á los países neutrales, acentúan grandemente la piedad católica de aquellas naciones y la impiedad católica de los alemanes, con el fin de convencernos de que Francia lucha por el catolicismo y Alemania por el protestantismo.

Todo lo cual, caro lector, viene á demostrar que la guerra, además de invertir muchas ideas y principios de la lógica, está invirtiendo los instintos del sentimiento. Pues, si por un lado, en los países neutrales los católicos se hacen germanófilos recalitrantes y empedernidos, sin que los desmonten de su burro las mil y una afrentas inferidas por los alemanes á su religión y á su Dios; por otro lado los liberales defienden á Francia por considerarla baluarte contra el fanatismo inquisitorial de la Iglesia.

De modo que el Gobierno francés paga á los liberales extranjeros con estos jeringazos de clericalismo, y los anticlericales de países aplastados por el vaticanismo luchamos á macha martillo contra el kaiser, que está hecho el leader contra el Vaticano, así sea con la intención, no de redimirnos de la esclavitud papisera, sino de supplantar el Pontificado romano con el Pontificado luterano.

Los que en la actual contienda no podemos defender predomios industriales, ni mercantiles, ni coronas, ni privilegios, de que nos hallamos desposeídos, y sólo defendemos el ideario de una libertad equitativa y nuestra emancipación de la opresión pontificia, será cuestión de revisar las cosas que van ocurriendo, colocándonos á honesta distancia de los sucesos para juzgarlos en su conjunto, desde su origen á su finalidad última. Pues suele ocurrir en la Historia que el nacido bueno con el tiempo se hizo malo, y viceversa; y no será, quizá, cosa de reir simplemente, sino de meditar un tantico sobre la opinión de Baroja, al fundar su germanismo en la creencia subjetiva de que el kaiser dará la puntilla al Vaticano, y la creencia de Benavente, al fundar el suyo en estimar vinculado en el triunfo de Alemania el triunfo del socialismo europeo.

Y por lo menos, será prudente que los elementos de la izquierda muestren su desagrado á la campaña clerical de los Gobiernos francés y belga, que parecen empeñados de muerte en su afán de enamorar al desdeñoso clericalismo español, apercibiendo á los correligionarios de aquellos países sobre la desastrosa política de tales empresas, inútiles para ganar las simpatías del empedernido clerical negado á razones y cerrado á toda reflexión, y que, en cambio, están expuestas á cambiar, ó, cuando menos, á amortiguar los entusiasmos de quienes se declararon por los aliados, por ver en ellos el campeonato de la libertad.



Que ¡ay! no sería ésta la primera vez en que el predominio del vaticismo sobre España se apoya en el extranjero, demasiado respetuoso con esta última colonia de la Santa Sede. Y si bien la ocasión no es la más propicia, necesario es recordar á los aliados que si el clericalismo español ahora está pujante contra ellos, ellos criaron y mimaron sus cuervos, que pagan con odio de muerte el favor de haberles dado vida.

S. P. O.

## ¿ente tieso, neutral!

Parece ser que Alemania está buscando las cosquillas á la neutralidad de Dato. Pero éste, más terco que el más entercado teutón, está hecho un poste inmovible.

Los germanos fusilaron en Lieja á cinco españoles. Nuestro Dato, más germano que el kaiser, negó la leyenda, puso verdes á quienes la sostenían, y aun amenazó con el terror de su neutralidad furiosa á quienes reclamábamos del Gobierno un acto de presencia en el entierro, ya que pedirle más hubiera sido gollería.

Cinco españoles más ó menos ¿qué importan al Gobierno archi-clerical?

Después, los germanos derribaron en Bruselas la estatua de un español; al cabo y al fin más ilustre que Dato y más poderoso que Maura. ¡Era un ateo—dijose Dato—ahí me las den todas! Lo de español de por sí no vale un pepino.

Después fué prohibida por la autocracia alemana una manifestación de simpatía á la bandera española. ¡Cosas de los belgas!—dijose nuestro inmovible presidente.

Después las damas palatinas aplaudieron frenéticas las virulencias de Mella. Los periódicos órganos de la religión oficial del Estado, agotaron contra las naciones de la cuádruple los agravios é insultos... ¡Nada... nada! ¡Tieso el presidente!

Ahora los alemanes han torpedeado y echado á pique dos barcos españoles. Nuestro presidente se apresura á anticiparnos su impresión. ¡No es cosa de alterar nuestra actitud por esa friolera!...

Pues, señor, ¿por cual de los cinco sentidos habrán de fornicar nuestra virgínea neutralidad, para que se dé por ofendida y violada?

«¡Neutralidad á todo trance!» Y al paso que llevamos, no habrán de envidiar las naciones en guerra las ganancias de España en su lucha neutralista.

En el Vaticano, cuando se susurra que el Papa ha muerto, el camarlenigo le llama tres veces, le da tres golpecitos con el martillo, y como no responde, se da por convencido. «¡El Papa ha muerto!»

Pues á España danla cada golpecito

de tamaño de un torpedo y cada grito que se oye desde América, y España no responde...

Todos los muertos son neutrales.

Todos los cadáveres están tiesos.

La rigidez es síntoma de absoluta neutralidad.

## El vermouht de la guerra

Antes de lanzar sus soldados á la batalla—dicen—los alemanes los embriagan con éter. Para lanzar los pueblos á empresas guerreras, úsase el vermouht de victorias fugaces. Ahora parece darse un caso singular.

Alemania, cuando nadie lo esperaba, lanzó sobre el formidable ejército ruso un esfuerzo gigantesco y sorprendente. Su resultado ha sido una larga retirada de las legiones del zar, y la toma de vastas posesiones en Rusia; algo parecido á lo que un año antes ocurriera en Bélgica y Francia.

Los profetas anunciaban que, tras esta arremetida, los ejércitos imperiales pondrán lindes en su marcha triunfal y se fortificarán en ellas poniéndose á la defensiva, dejando las fuerzas para consolidar sus nuevas conquistas y llevando el sobrante á la frontera italiana para caer sobre Roma; después de lo cual, quedarán libres las fuerzas turcas, austriacas y alemanas para dar un nuevo empujón en Bélgica y Francia, lanzando al mar sus escuadras de los tres órdenes, provistas de sus novísimos formidables elementos.

El plan es tan sencillo como lisonjero para Alemania. El éxito es tan problemático como el de los proyectos del año pasado. Pueden salir del derecho ó al revés.

Mas supongamos por mero entretenimiento, que este triunfo colosal en Rusia sirva de aperitivo del apetito alemán para nuevas gigantescas empresas, y que el fin último de ellas sea el fracaso del coloso. He aquí un vermouht execrable y mortal.

Pues si los primeros ejércitos salidos de Alemania un año atrás hubieran sido derrotados y sobre su derrota se hubiese pactado la paz, ésta habría sido más beneficiosa para Alemania y habría ahorrado los enormes caudales de sangre, de riqueza y de energía devorados en este año de lucha. Esto no podrá ya cotizarlo en el futuro tratado de paz. «Cuando los aliados triunfasen—escribió al comienzo de la guerra un genio alemán—no hallarán en nuestra patria ni un hombre á quien hacer responsable, ni un marco con qué indemnizarse.» Esta máxima se está siguiendo al pie de la letra. Los «marcos» y los «hombres» se lanzan á las llamas de la guerra y se hacen devorar de ella, haciendo de toda Alemania una vasta Numancia.

Si les fuese posible, los alemanes volarían su territorio y lo sumergirían en el mar, antes de consentir cederlo á otros pueblos. Esto no les será posible. Quedará el territorio alemán, y quedarán todavía sus mujeres. Estas quedarán indefensas, en manos del enemigo triunfador si llegase el caso. Estas maldecirán la borrachera de los padres, hijos y esposos que las abandonaron.

Y si Alemania triunfa y extiende su imperio en la medida que apetece, ¿quién conservará y administrará lo conquistado?

Alemania ha ganado momentáneamente grandes territorios.

¿A qué precio los ha pagado, de sangre y de dinero? ¿Será adquisición perpetua, ó simple alquiler efímero?

Pues si pagó diez por lo que vale cinco, en el negocio he perdido nueve. Y si la engañosa ganancia de uno, le sirve de estímulo para nuevos negocios semejantes ¡rímonos de la sabiduría alemana!

## Para don Jacinto Benavente

Inmarcesible genio: No con nuestros y sí con profundas reverencias me permito poner un epílogo al siempre admirable y homérico artículo en que usted, con su fina y habitual sátira, se burla del intento de los aliados de defender contra los supercultos germanos, la libertad del mundo, con senegaleses é indios semisalvajes.

Paréceme, señor Homero de nuestra patria, que esta vez se ha dormido buenamente.

Más de una vez, andando usied por el mundo, se habrá encontrado la huerta del hortelano y el patio del magnate defendidos por terribles mastines, que al fin y á la postre están, humanamente hablando, por debajo del senegalés.

He ahí al señor mastín, personificando para el caso la augusta personalidad del Derecho, de la Justicia y de la Propiedad, contra cualquier genio alemán ó español que fuese tentado de penetrar en el ajeno cercado.

Esto encontrará usted en los jardines alemanes, si el azar le coloca en el caso de buscar asilo en el azar bohemio. Los alemanes no enviarán al Kromprinz á detener con argumentos al augusto Sr. Benavente en el asalto de la tapia; enviaránle el mastín; y si entran en lucha, el pueblo espectador no estimará los talentos del genio, sino el valor de los zarpazos y de los mordiscos.

Si los germanos hubiesen tenido un ejército de perros, no echarían los hijos de sus mujeres á morir en manos de franceses.

Mas ¿no habíamos quedado en que á la hora de guerrear y de matar, es



el más bruto y el más homicida el más culto?

He aquí por dónde y cómo los ingleses han abatido el orgullo alemán, colocando enfrente de los lindos pollos de su aristocracia universitaria enmascarados de caretas para-gases, los guapos germanófagos del Senegal. Y aun dicen estar probado valer tanto para la guerra el más bárbaro senegalés, como el más refinado germano.

La corrección de este abuso acusado por usted, D. Jacinto, tiene fácil remedio. Vaya el kaiser al Senegal á reclutar algunos millares de indígenas para hacer frente á los reclutados por Inglaterra. Pues es cosa misérrima que un Herrn Trikrak ó un von Kuskus hayan salido de Berlín para celebrar el triunfo en el Louvre, comiéndose á Poincaré, y acaben en Souchez destripados por miserios salvajes. Y sería más de lamentar (los dioses no lo consientan) que, al entrar los senegaleses en Berlín, hiciesen con las monjas de allá ó con las princesitas de su empingorotada aristocracia, los milagros que los germanos han hecho con las cien monjas que dicen estar en Roma esperando el bautizo de los senegalitos.

Tales podrían ser las represalias que reservara la Historia á quienes han preñado la tierra de males sin cuento.

MIRTO MALAVETE

## ERROR DE VISIÓN

El Sr. Conde de Romanones pide á los republicanos que vayan á su lado ó al lado de su partido para la defensa de la libertad; por amor á la libertad hay que pedir á los republicanos que no escuchen al expresidente del Consejo.

Por amor á la libertad, sí, porque en la medida que haya elementos radicalísimos siempre descontentos, siempre insaciables, siempre irreducibles se respetarán las libertades y se ensancharán.

Con sumisiones, con colaboraciones directas se logrará todo lo contrario.

Este deseo de los liberales dinásticos de atraer á los elementos de las extremas izquierdas, podrá ser bien intencionado; á nosotros nos pareció siempre deseo de que no se los perturbara en el disfrute del Poder. Nos pareció siempre una mera edición del arcaico y jocoso «ciudadanos, no empujar».

En todos los países de régimen democrático, las oposiciones gobiernan y legislan tanto ó más que los gobiernos simplemente con su presión ó siendo más bien una amenaza; precisamente porque España sí es una democracia, no en buena lógica un país de opinión, las oposiciones extremas,

así de la izquierda como de la derecha gobiernan aún más.

Así un conservador sincero é idealista debe desear que sean grandes las fuerzas conservadoras ó reaccionarias colocadas fuera de este partido de Gobierno, porque tanto más imposible será toda reforma verdaderamente radical cuanto aquellas empujen y amenacen, y del propio modo un liberal idealista y sincero debe anhelar que más á la izquierda de su partido y fuera de él haya elementos radicalísimos y levantiscos y siempre exigentes y amenazadores, porque cuanto más fuertes sean estos elementos y más vehementes y subversivos mayor posibilidad habrá de realizar reformas y más avanzadas serán éstas.

Toda la reforma democrática de España, ó lo esencial de ella, se debe en primer término á los republicanos que se salían ó amenazaban con salirse de la legalidad, y la reforma social se debe principalmente á la agitación obrera. Y conste que este hecho no merma la buena voluntad del legislador.

El día en que todos los republicanos imitasen la conducta de los reformistas, los verdaderos liberales estarían de luto por la libertad, porque ya no habría ni quien empujara, ni quien amenazara, y las derechas, en cambio, gobernarían dentro y fuera del Gobierno á su sabor y antojo.

Reputamos inhábil y antiliberal ese llamamiento del Sr. Conde de Romanones; mas pensamos que ni un sólo republicano atenderá este ruego verdaderamente suicida.

J. J. MORATO

## Cartas á un provinciano

No, amigo mío, yo no pretendo que el Gobierno haga la felicidad del pueblo; yo estoy plenamente convencido que eso no es posible. No sólo porque no es posible conseguirla de ninguna manera, sino porque alcanzar aquel grado de bienestar económico, de seguridad y libertad, que, juntamente con la salud, hacen tolerable la vida, es obra de nuestras propias manos en colaboración con la loca fortuna: no de los Gobiernos, sean los que sean.

Sin embargo, puesto que éstos mantienen su autoridad con la obediencia de los que abdicán su libertad mediante un sueldo; y puesto que el caudal que manejan los gobernantes proviene del pueblo, es una parte de su trabajo, parece no sería mucho pedir que ese caudal, transformado mediante el ejercicio del Poder público, volviese á la colectividad nacional en forma de bienes comunes. Pues nada de eso: todo es aquí obstáculos, aspreza, soberbia, rapacidad y parasitismo gubernamental.

Mal mantener á la mayoría de sus servidores, dar vida señorial á unos cuantos, enriquecer á otros pocos y llenar la despensa de algunos vivos—que engañan fácilmente al pueblo, porque no pudiendo verles de cerca olvida que son histriones de oficio;—he aquí la principal acción de nuestros Gobiernos. Esto está á la vista de todos. España tiene todas las apariencias y ninguna de las realidades de verdadera nación: ni es fuerte, ni es culta, ni en ella está la vida social «regida según ley y orden jurídicos».

¿La causa? No es otra que la mediatización de la Monarquía y del Estado todo, á la Iglesia. No te quiebres la cabeza buscando otra explicación á todas nuestras desdichas nacionales pasadas, presentes y futuras. De ahí ha nacido la falta de orientación fija en la dirección de la vida nacional, la falta de brújula, como si dijéramos, porque el polo magnético de nuestra política, no obstante algunas tentativas para cambiar el rumbo, ha concluido por ser siempre la conveniencia de la Iglesia. De ahí ha nacido también la permanente debilidad de las fuerzas armadas de la nación, la descomposición é imposible reorganización del Ejército y de la Armada, á fin de que no teniendo la nación base en que apoyarse, suelo en que arraigar y crecer, no pudiese emanciparse del dominio y dirección de la Iglesia. De ahí arranca, en fin, la relegación y menosprecio de todos los servicios del Estado, estériles en su mayor parte por el carácter francamente parasitario con que se les ha organizado.

Para llegar á estos hechos y mantenerlos después dentro de la España constitucional, ha sido preciso que, sobre esa inmensa desdicha de la sumisión del Estado á la Iglesia que le cayó con Austrias y Borbones, sufriese además nuestra Patria la de no haber tenido, desde Mendizábal acá, un solo gobernante de genio, ni aun siquiera con talento y elevado patriotismo; ó que, si lo tuvo, como Prim, muriese asesinado al empezar su obra. Ha sido preciso que el servilismo, la incapacidad, las bajas ambiciones, la cobardía, la egolatría, la falta de abnegación, la falta de grandeza espiritual... en suma, ha sido preciso que subiera á las alturas toda la mácula y pobreza de la condición humana, allí donde tenían que brillar sus más altas virtudes. Por eso no te extraña que, á pesar de tenerme por hombre de suave y blando corazón, á todos los gobernantes de la España constitucional, sin más excepciones que las dichas, los dipute por dignos de la horca.

Sueña el pueblo cuando espera su felicidad de la acción de los Gobiernos; sueña cuando espera un Mesías que le redima de su pobreza y sus trabajos. Sin duda que tiene necesidad





Admiremos a Dios en sus obras, y bedingámosle por habernos dado la fortaleza necesaria para resistir tentaciones tan bellas.



de soñar para sobrellevar resignadamente su carga; pero nosotros sabemos que sueña y debemos decírselo y advertirle que la mansedumbre es una grande y altísima virtud para ganar el cielo; pero que aquí, en la tierra, no se pescan truchas á bragas enjutas.

Te desea salud, tu amigo

M. M.

## La libertad de conciencia

Por iniciativa del nuevo subsecretario para el servicio de Sanidad militar, de acuerdo con el ministro de la Guerra (en Francia, naturalmente) y aprobada por el Consejo de ministros, acaba de ser dictada la siguiente orden, que se fijará en sitio visible de todas las salas de hospitales y enfermerías:

### A LOS HERIDOS:

Mientras que la nación armada se lanzaba contra el enemigo en un arranque unánime de entusiasta indignación, una conmovedora movilización de abnegaciones ponía innumerables voluntarios al servicio de los hospitales. El país entero, con sus organismos sanitarios y un sinnúmero de mujeres de generoso corazón, se ha constituido á la cabecera de vuestros lechos, afanándose en curar vuestras heridas.

Mañana, curados ya, si cualquier glorioso defecto físico disminuye vuestras fuerzas para el trabajo, la Patria agradecida pagará la deuda que con vosotros contrae.

Aquí, pues, con toda tranquilidad de espíritu, colocados bajo la protección de la ciencia y de la solidaridad, gozad ahora del confortador descanso debido á los valientes que cayeron en el campo de batalla.

Vuestros cuerpos, maltratados por las balas ó la enfermedad, son prisioneros del daño que hizo presa en vosotros; pero vuestro pensamiento permanece libre. Vuestra dignidad de soldados, realzada por la legítima satisfacción del deber cumplido, exige que ningún ataque sea intentado siquiera contra los derechos de vuestra conciencia, contra vuestras íntimas convicciones.

La República vela sobre esto.

Vuestro derecho es absoluto para practicar la religión que profeséis.

Vuestro derecho es absoluto para absteneros de toda religión.

La Patria, reconocida, quiere que en vosotros el herido se vea rodeado de cuidados fraternales é inteligentes. Quiere que en vosotros sea respetado el ciudadano.

Alrededor de quienes sufren, debe reinar la calma moral.

Quienes han combatido por la libertad del mundo, merecen disfrutar íntegra la suya propia.

Tal es la imperiosa voluntad de los patriotas que, agrupados en la unión sagrada, se han impuesto el deber de no mirar más que hacia la frontera.

Esta voluntad es también la del Gobierno, y por todos debe ser obedecida.

*El subsecretario de Estado para el servicio de Sanidad militar, Justin Godart.—El ministro de la Guerra, A. Mileraud.*

## Un cuarto de céntimos

A D. Emil O. Otuño, director general de los Correos de España.

Preparó el viejo peatón su mochila de cuero charolado, sobre cuya negra cobertura brillante campeaba el áureo emblema del Cuerpo de Correos; echósele á la espalda, y, como el tiempo amenazaba lluvia, requirió su enorme paraguas de algodón azul, con varillaje de auténticas ballenas de conteras doradas, que habían resistido ya el peso de innumerable serie de telas, cambiadas al cambiar de amo el armatoste, de generación en generación, remontándose, acaso, á los tiempos bíblicos de Noé, si, por ventura, fué este alegre patriarca el inventor de tan útiles como engorrosos artefactos. Ceñidas las polainas y calzados los gruesos zapatones torrados, el humilde funcionario postal, último eslabón de la cadena, alejóse del pueblo carretera abajo.

Más que plomizo, amoratado, lívido, estaba el cielo, sobre cuyo fondo cárdeno se deslizaban algunos jirones de nubes grisáceas, que contribuían á hacer resaltar aún más la densa oscuridad de la cerrazón, en cuyo vientre preñado de granizo, dique inseguro de rugidoras cataratas, parpadeaba el relámpago y rezongaba el trueno. Una línea de las vivísimas rasgaba el horizonte por el lado opuesto á aquel por el que avanzaba la tormenta, allá en dirección á la villa; hendidura de los cielos foscos, por la que el sol destrenzaba su rubia cabellera, acariciando á la tierra con sus cálidos besos...

Malas noticias corrían por doquier. El tiempo hacía de las suyas. Lluvias torrenciales, desbordamientos, inundaciones, pedriscos, destrucción, desolación, ruina, muerte..., compensación tardía é insana de las abrasadoras sequías del verano, de todos los veranos de esta tierra infeliz, abandonada, en la que, como en sus hijos, no hay término medio, no existe la suave ponderación, el sabio equilibrio, la prudente cautela...; en la que los ríos arrollan desenfrenados ó se extinguen secos si no realizan la proeza inaudita de dejarse sorber por la tierra madre, para volver á brotar de su seno ubérrimo cuando en su absoluta libertad lo tienen por conveniente...

Llegó el peatón á la estafeta, mandada por un muchacho joven, baturro neto, enamorado de su profesión, cumplidor fiel de sus deberes, y rigorista, justamente rigorista, en lo de exigir la absoluta observancia de los suyos á todos sus subordinados.

—Viaje en balde, amigo—dijo el administrador al peatón al verlo entrar por las puertas de la oficina—. La línea férrea está cortada en varios sitios y ha sido arrancada de cuajo por las aguas en al-

gunos kilómetros. Hoy no tendremos correo; de modo que ya puede usted recoger lo que haya para su insula, y lárguese viento en popa antes de que el cielo se nos venga encima, como amenaza.

—No hay nada para él—contestó un cartero, registrando el casillero del peatón—. Sólo este impreso que salió mezclado con nuestras cartas.

—Ya saben ustedes lo que ha recordado la superioridad: los impresos son tan importantes como cualquier otra clase de correspondencia, y se les ha de tratar con la misma atención que si fuesen cartas. Recoja usted el impreso y márchese... Y que sea entregado hoy mismo...

—Toma—dijo el cartero—. Un anuncio de una corsetería para el señor vicario...

Rieron todos la gracia; tomó el peatón el pliego, franqueado con el sello correspondiente, guardólo en su mochila, aseguróla contra el agua, y, echándose á la espalda, partióse...

A medio camino, y en despoblado, sorprendiólo la tempestad. El cielo se abrió sobre su cabeza y la tierra tembló bajo sus pies. Las aguas que caían y las que arroyaban lo envolvieron... El paraguas azul con cuantos de azófar, combatido por el viento huracanado, ciclónico, enredando sus crines en las doradas conteras de las ballenas, lo volvió del revés quedando con sus puntas levantadas al cielo, como dedos de manos que se alzan implorando misericordia en suprema actitud de angustia.

El peatón, en medio del diluvio, apresuró el paso.

Había que vadear el rial arenoso, reseco todo el año, por el que ya las aguas arroyaban revueltas, rugidoras, arrastrando montones de maleza. Aún quedaban al descubierto, rodeados de espumas, los espinazos de las gruesas piedras que servían de pasaderas. Había una, dos, tres, cinco... Cuestión de una docena de zancadas, y se ganaba la opuesta orilla y, con ella, la vereda que conducía al pueblo. Pero las avenidas parciales que arrolladoras descendían de las tierras altas, cubríanlas á intervalos, sepultándolas en sus ondas. El arroyo se convertía en torrente...

Comprendió el viejo que se le iba la cabeza al mirar el rápido curso de las aguas que se deslizaban raudas bajo sus pies; temió caer... y pensó en la mochila, no sé si para desembarazarse de ella, por si caía, ó para salvarla, por si cayese; descínósele de los hombros y balanceándola, asida por las correas, soltóla diestro, y la despidió con fuerza, lanzándola á la opuesta margen. El esfuerzo violento hizo perder el equilibrio, y el peatón cayó al agua... No se asustó mucho; que á medio muslo llegábase solamente; pero al terminar de incorporarse, un enorme golpe de la corriente, uno de esos violentos golpes de agua llamados en el país «caballos» por su galopar furioso, irresistible, dióle en el pecho y, tumbándolo de espaldas, saltó sobre él y lo arrolló, arrastrándolo, cauce abajo, golpeándolo contra las piedras, enterrándolo en la móvil arena, bajo montones de broza... Sobre él, rugidora, vencedora, alborotada, continuó cabalgando la avenida, lanzada por las pronunciadas vertientes; y cuando los cielos se serenaron y las arenas se sorbieron las últimas linfas, por el hilo de la mochila se dió con el ovillo del cuerpo del peatón infeliz, incrustado en el lecho del rial enjuto...

Dentro de la cartera, sobre la cual la



llovía había resbalado impotente, hallóse el impreso, intacto. Adherido á él, nítido, inmaculado, estaba el sello de impresos; esa herejía que dice, por tres veces: 114 de cént. de peseta, mezclando quebrados con decimales, concordando singular con plural: «un cuarto de céntimos», acaso por lo de ser un tanto americano y un mucho portugués lo de veinticinco dezmilésimas de peseta, que es lo que debiera rezar...

Cuando el señor vicario recibió el epigramático anuncio de la corsetería, hallábase en un grave apuro. Tenía que enviar una tarjeta de felicitación á un su amigo, residente en el extremo opuesto del reino. Dos mil kilómetros de camino; treinta transbordos; ferrocarril, vapor, automóvil, diligencia, caballería, peatones... y no tenía sello de franqueo para pagar tan importante servicio... Al ver el del impreso, respiró tranquilo; pulcramente lo levantó humedeciendo el sobre; lo desprendió de él adhiriéndolo al de la tarjeta, y, mientras realizaba la operación difícil, murmuraba satisfecho:

—¡He aquí un servicio que España hace de balde!

...Y que acababa de costar la vida á un hombre...

VICENTE DIEZ DE TEJADA

(El Liberal).

## El cura de aldea

Este es un tipo que muchos novelistas han querido retratar en sus libros presentándolo como un modesto anciano, débil y sencillo, de costumbres morigeradas, protector del pobre, amante de las letras y la instrucción dentro de una ignorancia feliz, predicando una moral sana, libre de ambiciones y odios, practicando el bien y difundiendo el amor entre el rebaño confiado á su custodia y guía; en una palabra, hombre provechoso para las costumbres patriarcales que deben existir en los pequeños poblados donde vive un conjunto de seres apartados del mundanal ruido y entregados completamente á las prácticas agrícolas, rindiendo culto á la naturaleza.

En mis correrías por los pueblos de la Montaña, me he convencido que todo cuanto se ha dicho respecto al cura de aldea es completamente falso; la imagen nunca ha sido sacada de la realidad. Todos aquellos que han tenido relación con poblados y gente campesina, habrán podido observar que la labor de aquellos sacerdotes ha sido nula y más bien pernicioso que saludable.

Ha tenido que ser necesario que allí entrara el periódico y el libro, para que un rayo de luz fortificara aquellas conciencias alumbrándolas.

Siglos enteros han pasado teniendo siempre como consejero al cura, y hoy se encuentra la mayoría de estos pueblos lo mismo que si la sociedad no hubiera progresado, la civilización no se hubiera extendido, la ciencia no hubiera borrado el límite

imposible. Y es que aquel preceptor no se ha cuidado más que de hacerlas temer un infierno y esperar un cielo, inculcarles máximas egoístas, enseñarles misterios absurdos, historias fabulosas, hacerles rendir culto á imágenes inclinándoles hacia la idolatría, predicarles contra la ciencia que le desaharía toda su obra, contra la libertad que le sublevaría el rebaño y aun contra la vida condenando el pecado de la carne. De tal instrucción ha resultado lo que vemos: que se han creado los pueblos supersticiosos, egoístas, malvados, hipócritas, ignorantes, idólatras, esclavos y amantes del látigo que les castiga. Y de todo ello tiene la culpa el cura de aldea.

Id y recorred aquellos caseríos, y veréis que las faenas agrícolas se hacen de igual modo y forma que en los tiempos primitivos. Apenas el pensar, contemplando aquello, que cuando penetraron las legiones romanas en la Península Ibérica, el terreno que miráis formaría casi iguales ondulaciones, el cultivo quizá sería idénticamente el mismo y el hombre que lo trabaja tendría el mismo grado de civilización.

El cura de aldea es también amigo del chisme y el enredo de familia, teniendo para este asunto como lugar estratégico para sus operaciones el confesonario. Su moral acomodaticia produce la corrupción en secreto. Castiga la falta de la muchacha nerviosa, del joven ardiente, practicándola él. Su gazmoñería es grande, su hipocresía mucho más. Cuando no es malo, á causa de su propia ignorancia produce el mal inconscientemente, resultando tan pernicioso como el de intención dañina.

Hoy día ya muchos pueblos van sacudiéndose esta especie de yugo que los tenía sometidos; pero como he dicho al principio, han tenido que hacer el milagro el periódico y el libro.

R. J.

## Consultor de feligreses

—¿Cree usted que una bendición del Papa aplicada á un moribundo, puede influir en que su alma se salve?

—¿Yo qué sé? Pero me guardaré bien de afirmar rotundamente que la bendición no sirve para nada. En el momento que se facilita por dinero, hay que suponer piadosamente que sí sirve; de lo contrario habría que comparar á los sacerdotes que la recomiendan á los moribundos, con los charlatanes curanderos que aplican y cobran drogas cuyos efectos no están comprobados; y esto pudiera resultar irrespetuoso para los primeros. ¿Y á qué ofender á nadie por meras conjeturas?

## Bibliografía

Los cuadernos 37, 38 y 39 de la *Historia de la Guerra Europea de 1914*, escrita por Vicente Blasco Ibáñez y editada por la Casa PROMETEO, de Valencia, describen el sitio y caída de Amberes.

Nada tan interesante como este trágico relato del heroísmo con que se defendió el baluarte belga, el éxodo de su población civil y el bombardeo de la ciudad por los grandes morteros alemanes.

Una profusión de grabados acompaña al texto, ilustrando con todos sus pormenores la dramática narración. Fotografías, dibujos, láminas y retratos, reconstituyen gráficamente aquellos terribles episodios.

Es indudable que esta *Historia de la Guerra* puede equipararse ventajosamente con las mejores publicaciones por su texto, ilustración y lujo editorial.

Cada semana se publica un cuaderno de esta *Historia de la Guerra* al precio de cincuenta céntimos.

La Casa PROMETEO, de Valencia, acaba de publicar los tomos 7 y 8 de *Los mil noches y una noche*, traducción literal y directa del árabe por el doctor Mardrus, versión castellana de Vicente Blasco Ibáñez.

En estos volúmenes se acusa más intensamente la originalidad y despreocupación de los cuentistas árabes. Junto á las páginas de poético ensueño y de fantasías deslumbrantes, se suceden las escenas más escabrosas, relatadas con una gracia y una ingenuidad incomparable. Demuestran una vez más estos tomos el desconocimiento en que dejan de la gran obra de los árabes las anteriores é incompletas traducciones.

En cuanto á la presentación y arte editorial, honra á la Casa PROMETEO, confirmando su buen gusto de siempre.

De venta en todas las librerías al precio de una peseta volumen.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Trozos de mi vida

TRALLAZOS

EN BROMA

Y EN SERIO

Chaparrón de milagros

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

Segunda edición.—318 páginas.

por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.



# Los cruzado

por

ROBERTO ROBERT

lo impide, no hay más que encogerse de hombros. Buena sandez sería irnos á enzarzar con los turcos, cuando Dios les consiente todo lo que se les antoja.»

\*\*

Pero vamos á antes del vencimiento.

¡Qué movimiento el de Europa! La Iglesia, cuya voz resonaba por todo el espacio, cuyo dominio lo abarcaba todo, que hablaba todas las lenguas y encerraba en su seno gente de todas clases, comenzó con solémnidades, sermones, santos Concilios, mandamientos, proclamas, estímulos y amenazas, á agitar los corazones.

\*\*

El señor mal vendía sus tierras á los monjes para recoger dinero con que ir á la guerra á conquistar el paraíso, y de paso quizá un principado ó un reino.

Y llovían bendiciones é indulgencias especiales sobre los señores que mal vendían sus tierras á los monasterios.

Los caminos, antes desiertos, comenzaron á poblarse de entusiastas soldados de la fe.

Por todas partes resonaban los alegres cánticos de ejércitos numerosos de fervientes cristianos, y el número de mujeres que les acompañaba era tan enorme, que los historiadores y cronistas lo tomaron por materia de brillantes escritos.

Aquí el enamorado mozo desligaba á su amada de todo juramento de fidelidad, y partía á lejanas tierras.

Allí la doncella solicitada por la fogosa pasión de un caballero, le inspiraba nuevos alientos diciéndole: «vuelve, vencedor de Jerusalén, y obtendrás mi mano».

El amor á Jesucristo y á su santo sepulcro, tantos siglos olvidado, renació como gigante avasallando todos los corazones y sobreponiéndose á todas las ideas.

Los sarracenos, llenos de estúpida admiración, al ver llegar á los cruzados, les decían:

«¿Pero qué es esto? ¿Cómo invadís por fuerza de armas un país cuya posesión no nos había sido disputada? ¿Cómo degolláis á los propietarios del terreno y se lo usurpáis?»

«Si sois cristianos, ¿cómo no obedecéis lo que está mandado en vuestros libros santos? ¿No dijo Dios que el hombre fué creado á imagen suya? ¿No dijo Dios: no matarás?»

¡Estúpidos!

A cada necia pregunta de éstas, les respondían los cristianos con un texto teológico ó con un golpe de montante que les rebanaba la cabeza.

\*\*

Y en efecto, los cristianos tenían ya hecho el progreso de instituir la pena de muerte en sus códigos.

¿No habría sido una ridícula inconsecuencia: degollarse entre sí y no degollar á los infieles?

Hombre... ¡ni que fuéramos chiquillos!

\*\*

Mi tocayo el monje Roberto dice cuán bien interpretaron la voluntad de Dios aquellos gloriosos adalides de su causa.

«Los nuestros, dice, segaban las vidas de los enemigos, como el segador la yerba de los campos. Flechas y espadas se empapaban en sangre de infieles; pero los francos que las manejaban no se saciaron nunca de carnicería. Herían los nuestros, morían aquéllos, y aun muertos á veces se mantenían en pie, sostenidos por la apiñada muchedumbre».

A los muertos no les daban sepultura: sólo se hacía prisioneros á los hombres útiles para la fatiga; las viejas y los niños eran degollados religiosamente en el acto, y los cautivos eran vendidos por esclavos.

Los regocijos de Cristo, que presenciaba todo aquello, debieron de ser muy profundos. A lo menos me parece que hallaría una razonable compensación á lo que había padecido en la tierra.

¡Ah, los infieles no habían querido aceptar el Evangelio!

Peor para ellos.

\*\*

Uno de los más piadosos episodios de aquella guerra fué el saqueo de Jerusalén.

Allí los cuatro evangelios alcanzaron un triunfo digno de recordación eterna.

Raimundo de Agiles, varón piadoso, canónigo de la catedral del Puy, lo refiere con una unción y una verdad, que al leerlo le parece á uno que efectivamente resbala en sangre de infieles.

«Cuando los nuestros, dice el canónigo, se hubieron apoderado de baluartes y torres, se vieron cosas admirables.

De los sarracenos, unos, los que tuvieron mejor suerte, habían perecido, ó recibían muerte breve; otros, después de largos padecimientos, eran entregados á las llamas.

Por las calles y plazas de la ciudad se tropezaba con montones de cabezas, manos y pies.

Infantes y jinetes iban por todas partes pisando cadáveres; pero esto es poco, y debo narrar lo que sucedió en el templo de Salomón, donde los

sarracenos tenían costumbre de celebrar las solemnidades de su culto; aun refiriendo sencillamente la verdad, habrá quien no se atreva á darnos crédito. En el templo y en el pórtico la sangre de los infieles llegaba á las rodillas de los jinetes y á las bridas de los caballos».

Prueba evidente del favor especial de la Providencia; y no hay que decir que esta abundancia de sangre sea cosa exagerada, primero porque el dicho canónigo Raimundo, que lo escribió, fué testigo presencial del hecho, y segundo, porque en carta que sobre ello se escribió al Papa, se le decía lo mismo: *In porticu Salomonis et in templo ejus nostri equitabant in sanguine saracenorum usque ad equorum genua.*

Y después de lavarse un poco los nuestros, fatigados de matanza, se refocilaban con una confesión y una comunión suficientemente corroborantes para emprender acto continuo otra santa degollina.

\*\*

Raul de Caen... ¿sería liberal?

Quiero decir: ¿sería cristiano?

«¡Valor (exclamaba), valor, divinos furros; ánimo, sagrados aceros; ánimo, destrucción santa! ¡No haya piedad para nadie! ¡Cae á nuestros golpes, raza depravada; pereced, hombres perversos, que derramásteis la sangre inocente, y debéis ahora pagar con la vuestra! ¡Ya que tantas veces destrozásteis á Cristo en mil pedazos, recibid ahora el castigo que sobre vosotros hacen caer los miembros de Cristo!»

Y decía bien; porque así como de un árbol que tiene tres ramas se puede ingertar una sin ingertar otras, por el mismo consiguiente el Evangelio, la visión de San Juan, las preciosas fachadas de las catedrales, la estrella de los magos, y sobre todo el haber mandado el Papa que se matara cuanto fuese menester, debía haber persuadido á los sarracenos que aquel sepulcro no era suyo.

(Y si no pega, no importará.)

\*\*

El piadoso Guillermo, obispo de Tiro, apoya nuestra opinión, ó más bien dicho: nuestra opinión está conforme con la del piadoso Guillermo, obispo de Tiro, cuando dice:

«Los cruzados no perdonaban á nadie, y así daban cumplimiento á los justos preceptos de Dios, á fin de que los que con sus supersticiones habían profanado el santuario del Señor, lo purificasen con su propia sangre y padeciesen muerte en aquel lugar mismo, en expiación de sus crímenes».

¡Y después de una matanza venía tan bien una misa!

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA» VELARDE, 12, MADRID